Marcos Blanco, Letras de sangre

Diego Perdomo Pérez

Capítulo 1

Letras de sangre

No había más placer en su vida que estar en su estudio, sentado en su escritorio y escuchar la lluvia golpear el cristal del gran ventanal y evadirse del mundo para poder escribir fluidamente las aventuras del detective Galván, así podía obtener un poco de calma y olvidar que su esposa ya no lo acompañaba desde que murió a manos del alcohol y la velocidad.
Su rutina era lo que lo había salvado, eso y Galván junto con su lógica magistral para capturar al criminal; ese personaje era siempre lo que quiso ser, pero su vida lo había convertido en un escritor de novela negra de cierta fama, y había aprendido a amar su profesión con mucho fervor. Las palabras le fluían fácilmente construyendo escenas de crímenes truculentos que sólo Galván podía descifrar para dar caza al culpable. Estaba inmerso en su escrito cuando escuchó tres golpes en la puerta de su estudio.
- Tío, estás ahí, recuerda que ya casi es hora.
- Termino el capítulo y salimos – le respondió taciturnamente a su sobrina Alanis, mientras tecleaba en su laptop.
- Voy a llamar el taxi que se nos hace tarde – continuó ella mientras se oían sus pasos fuera de la habitación.
Afuera la lluvia amainaba rápidamente, y el golpeteo de gotas en la ventana ya no era tan fuerte. Marcos siguió inmerso en la creación de su nueva novela y sus dedos tecleaban velozmente apurando el final del capítulo, y cuando hubo terminado guardó el archivo y se apresuró a encontrarse con su sobrina Alanis.
- Vamos tío que ya es tarde y el taxi lleva cinco minutos esperando.
Ella era una jovencita de quince años que había quedado a su cargo después de que sus padres murieran en el mismo accidente que se llevó a su esposa, le había dolido tanto la muerte de su hermano y de su mujer que hacerse cargo de su sobrina llenaba de alguna forma su vacío, aunque aquella jovencita era muy diferente a él. Era extrovertida y risueña, mientras él siempre había sido parco en su personalidad, de carácter fuerte pero afable y un psicorrígido patológico.
- Espera recojo el libro antes de que lo olvide – dijo Marcos Blanco mientras se dirigía rápidamente a la mesita de centro de la sala y tomaba el libro que horas antes había firmado; “Una muerte en la vereda”, donde su personaje estrella, Galván, había resuelto los asesinatos de niños a manos de un sacerdote pedófilo.
- Ya lo tengo vamos – le dijo a su sobrina mientras miraba su vestimenta de adolescente rebelde que siempre había desdeñado, pero que jamás le había criticado.
- ¡Ya era hora! el chofer debe estar que se va, y debe estarnos

madreando.
- Deja ese vocabulario por lo menos mientras hablas conmigo – le espetó a Alanis mientras ella le hacía un gesto de aceptación.
- Bueno, vamos.
Recorrieron un tramo de la ciudad y llegaron a una casa de aspecto ostentoso pero pequeña que se cernía en una colina, el taxi de detuvo y pagaron al taxista, luego se dirigieron parsimoniosamente hacía la portal de aquella vivienda.
- Vamos rápido tío, deben estarnos esperando – le dijo la joven a Marcos que parecía empecinarse en caminar despacio.
No le apetecía mucho visitar a un antiguo compañero de universidad que no veía desde el día de la graduación y ya habían pasado muchos años desde entonces, además no quería dar explicaciones sobre como era su vida ahora que no estaba su esposa, le dolía en el alma tener que recordarla y rememorar los momentos que con ella vivió, por no hablar de que perder a su único hermano no ayudaba para nada en su aspecto anímico. Sin embargo la alegría de su sobrina le dio un poco de vitalidad para poder movilizarse rápidamente.
- Bueno golpeemos a ver quién nos abre – le dijo Alanis a su tío con una sonrisa pícara.
La puerta se abrió y dejó ver a una mujer de unos cincuenta años muy bien vestida y acicalada con joyas.
- Hola – les dijo con todo jovial mientras miraba de arriba abajo a los recién llegados, sin dejar de ocultar una cierta expresión despectiva al ver a Alanis con sus ropajes poco formales. – Por favor sigan, mi esposo los está esperando, no deja de hablar de sus libros señor Blanco y de las aventuras que tuvieron en la universidad.
- Por favor llámeme sólo Marcos - le respondió el escritor, mientras pensaba cuáles serían las aventuras de las que podría hablarle Jorge a su mujer, si en realidad nunca fue muy allegado a él – usted debe ser la esposa de Jorge, es usted muy hermosa – y en verdad lo era, aún para sus cincuenta y tantos.
- Mi nombre es Marcela, mucho gusto Marcos - se presentó la mujer, mientras los guiaba hacía la sala de estar.
- Ella es mi sobrina Alanis, estaba muy ansiosa por venir.
- Hola – dijo Alanis mientras le pasaba la mano – tienen una casa muy bonita aunque es pequeña y queda alejada de la ciudad.
- Ah, claro, es que sólo somos mi marido y yo, no necesitamos mucho espacio – respondió Marcela de manera condescendiente.
Al llegar a la sala se encontraron con Jorge, un hombre bien vestido, alto y de pelo cano e insipiente calvicie, estaba junto a un hombre joven de unos treinta años, y en un rincón sentada en un sofá una mujer aún más joven, muy hermosa y vestida elegantemente.
Jorge se apresuró al encuentro de sus invitados y le dio la mano a Marcos para luego darle un fuerte abrazo que tomó por sorpresa al aludido.
- Ah Marcos los años no hacen mella en usted. Y ¿quién es esta hermosa jovencita?- dijo mientras observaba con admiración a Alanis.
- Me llamo Alanis - se apresuró a decir ella – soy su sobrina, perdón por

llegar tarde pero tuve que apurar a mi tío, que cuando se pone a escribir no hay quien lo convenza de hacer otra cosa.
- Oh, mucho gusto señorita Alanis, suerte para nosotros que una jovencita como usted sea tan responsable – le dijo Jorge mirándola de arriba abajo, pero ya no con la desaprobación de su mujer, sino más bien con una mirada que a Marcos le pareció lasciva.
- El gusto es mío señor Jorge.
- Ellos son también mis invitados – dijo Jorge mientras dirigía su mirada a las otras dos personas que ocupaban el recinto – la chica bonita de allí es Erika, aún está en la universidad y estudia lenguas modernas, es una de mis estudiantes y es muy brillante, debería un día de estos Marcos tomarse el tiempo de leer una de sus historias, son excelentes. Y el muchacho de allí es Ignacio, también es uno de mis estudiantes, lo he invitado porque junto con Erika me ayudarán con la lectura de mi segunda novela, y quiero que sea un éxito, que seguro lo será con su ayuda.
Marcos los saludó con un gesto de su mano, mientras Alanis ya estaba estrechándoles las de ellos jovialmente. Todos se dirigieron al comedor por petición de Marcela y cada uno tomó una silla, a la cabeza estaba Jorge, a su derecha se sentó Marcos por petición del primero, a la izquierda se acomodó Erika seguida de Ignacio y por último Alanis se sentó al lado de su tío. Marcela se dirigió a la cocina y les sirvió a cada uno la cena que tenía preparada de antemano y luego los acompañó a cenar.
- Marcos es muy agradable verlo después de tanto tiempo – Comenzó a decir Jorge mientras que disfrutaba de la cena – déjeme decirle que me apena mucho la muerte de su esposa, fue un trágico final y nadie debe morir así.
Marcos sintió un pinchazo en su pecho al oír a su antiguo compañero de clases, pero disimuló muy bien su malestar.
- Gracias Jorge, ha sido difícil aceptar que ya no está conmigo, pero he tratado de sobreponerme.
- Sí, lo hace bien, ya por lo menos no se encierra en su estudio todo el día sin salir – dijo Alanis entrometiéndose en la conversación – por eso le insistí mucho en que viniéramos a visitarlos para que así se despeje un poco.
- Pero la tragedia fue más profunda – dijo Erika con tono apesadumbrado – tengo entendido que su hermano también tuvo el mismo final de su esposa.
- Sí, es verdad – respondió Marcos sombríamente, había llegado al punto que no quería, pero que sin lugar a dudas sabía que tenía que pasar – fue un golpe duro pero tuve que soportarlo, aunque me hubiera encerrado por mucho tiempo en mi estudio. – dijo Marcos acentuando las últimas palabras mientras miraba con acusadora expresión a su sobrina.
- Señor – dijo Ignacio aludiendo a Marcos – usted tenía solamente un hermano, según supe por las noticias.
- Sí, es cierto – Afirmó Marcos.
- Entonces Alanis era la hija de él, ¿Verdad?
- Mi papá y mi mamá murieron en el mismo accidente que la esposa de mi

tío – explicó rápidamente Alanis, sin perder su jovialidad ni mostrar un ápice de turbación.
Marcos sabía que la muerte de los padres de Alanis habían socavado la felicidad de la muchacha durante un tiempo, pero ella había sabido sobreponerse fuertemente, cosa que a él le tomó más esfuerzo, pero que había logrado superar, y todo gracias a que ella, su sobrina, había llegado a su vida en un momento en que los dos parecían haber sido abandonados a la deriva del mar de la vida.
- Alanis ha sido muy fuerte y me ha ayudado a sobrellevar el dolor – dijo Marcos - no sé qué hubiera sido de mi sin que Alanis se hubiera venido a vivir conmigo.
- Por favor, no sigamos martirizando a nuestro escritor estrella con recuerdos dolorosos – dijo Jorge, ignorando totalmente que él era quien había sacado el tema a flote. – Marcos, se estará preguntando usted el porqué de mi invitación, después de tantos años sin vernos, es que soy un viejo ingrato, pero he recordado a mi viejo amigo de la universidad que se ha convertido en un escritor de renombre y decidí invitarlo – continuó diciendo el anfitrión.
- No creo que sea un escritor de renombre, sólo soy alguien que escribe sobre asesinatos.
- Es usted bueno en lo que hace Marcos – dijo Jorge con sinceridad – por eso se venden como pan caliente todas sus novelas – continuó el profesor mientras disfrutaba de la cena – he querido que nos acompañe esta noche para que lea el borrador de mi siguiente obra, creerá usted que soy un abusivo y que le puse una trampa para atraerlo – Marcos creyó que le leía la mente en ese instante – pero no sólo es un favor que le pido, sino que también será muy bien remunerado, sus críticas serían de gran ayuda.
- No sé qué decir – El escritor que era Marcos sabía que sólo tenía guardada su espectacularidad para el detective Galván, y jamás se le hubiera pasado por la mente el leer borradores y dar sus puntos de vista, pero no negaba que la idea era atractiva.
- No tiene que aceptar ahora Marcos, puede pensarlo, pero me haría un honor grande si leyera el borrador.
- También invité a mis alumnos estrella para que me den su opinión – continuó Jorge - no sabe usted Marcos cuánto puede ayudar una mente joven.
- Puedo imaginarlo – contestó Marcos – me interesa la idea, así que me tomaré mi tiempo para leer el borrador, sólo espero que mis críticas sean de gran ayuda. Además no es necesaria ninguna remuneración, lo haré con gusto.
- Claro que serán de ayuda – dijo Jorge con expresión alegre.
- No veo en que podamos ayudar nosotros – Interrumpió Ignacio – sólo somos dos estudiantes, y usted profesor ya tiene publicada una obra de renombre que ha sabido venderse muy bien.
- No es tanto el dinero lo que me importa, sino que mis letras lleguen a la mayor cantidad de mentes posibles – respondió indignado Jorge.
- Bueno, pero con la fama viene el dinero – continuó Ignacio – pero aún no responde a mi pregunta profesor, ¿en qué podríamos ayudar nosotros

como estudiantes?
- Ignacio, tanto usted como la señorita Erika son dos de mis alumnos más brillantes, he podido leer sus escritos y son fascinantes, tienen ideas frescas y las historias que llevan a mi taller de escritura son excelentes, por lo que sus críticas serían de gran ayuda.
- Profesor, me honra que haya pensado en mí para ser lectora del borrador pero no creo ser la persona apropiada para esa labor – dijo Erika que llevaba un buen rato en silencio.
- Mi marido habla bastante de usted, Erika, y he tenido la posibilidad de leer algunos de sus escritos y me parecen fantásticos – Habló Marcela desde su puesto en el comedor, como afirmando que allí también se encontraba ella.
- Lo acaba de escuchar usted mi querida jovencita – le dijo Jorge a Erika mientras le tomaba discretamente la mano – no hay nadie más capacitado que ustedes para la labor de lectura.
- Antes de que publicara su primera novela – interpeló Ignacio a su profesor – una estudiante suya también fue lectora de su borrador, verdad profesor.
- Si es cierto, Sofía, era su nombre, no sabe cuánto me ayudó para poder sacar a la luz "Letras de sangre".
- Es una novela excelente profesor – dijo Erika.
- No he tenido la oportunidad de leerla, pero parece ser una buena obra – opinó Marcos – mi sobrina la leyó la semana pasada cuando supo de su invitación de hoy.
- Es una historia interesante señor Jorge, la devoré rápidamente – dijo Alanis apurando su vaso de jugo de uvas.
- ¿Era una buena estudiante la lectora del borrador de "Letras de sangre" profesor? – preguntó Ignacio.
- Sí, Sofía fue una de las mejores estudiantes en toda mi vida como profesor en el taller de escritura.
- Profesor ¿no fue ella la muchacha que se suicidó en la universidad?- preguntó Erika, lanzando una mirada suspicaz a Ignacio, quien la evadió al instante.
- Fue un suceso muy desafortunado, Sofía tenía un futuro por delante.
- Discúlpeme Jorge – dijo Marcos – podría decirme como se suicidó Sofía.
- Se tomó una capsula de cianuro en la cafetería de la universidad.
- Una triste historia, las mujeres suicidas prefieren una muerte dramática y suelen envenenarse para no dañar su aspecto físico luego de morir – opinó Ignacio – ¿no es cierto señor Blanco?
- He leído mucho sobre suicidios y diría que tiene usted toda la razón – contestó Marcos.
- Ella tomaba medicamentos para su migraña, ¿lo recuerda profesor? – Preguntó Ignacio terminando lo que le quedaba en su plato – cambió el contenido de una de las capsulas por cianuro.
- Es mejor que no recordemos momentos tristes. Recordemos a Sofía como una buena escritora y no como una suicida. – Espetó Jorge a Ignacio – además ya todos hemos terminado de comer; pero dígame ¿Cómo sabía que tomaba medicamentos para la migraña?

- Lo leí en los periódicos.
- Ah, claro la prensa suele sacar a relucir todas las intimidades. Si me disculpan iré a traer las copias del borrador para entregárselos a cada uno y que puedan leerlo con toda la calma posible.
- Jorge, antes de que lo olvide y me arrepienta cuando vuelva a mi casa – dijo Marcos apremiante – le he traído mi último libro firmado, como me lo pidió encarecidamente en la carta de invitación. – Marcos le había entregado el libro a Alanis cuando viajaban en el taxi, y ella lo había guardado pulcramente en su bolso.
- Mira tío aquí está – le dijo Alanis mientras le entrega el libro.
- Gracias – acto seguido se lo entregaba a Jorge quien lo recibía como si fuera la una joya valiosa.
- Es usted muy amable señor Blanco, sabía que un hombre como usted jamás olvidaría hacer feliz a un amigo – dijo Jorge con gran gesto de alegría – lo leeré con todas las ganas posibles – y diciendo esto se dirigió apresurado por los borradores.
Un teléfono celular sonó – Discúlpenme tengo que contestar. Y Erika salió del comedor con premura para responder al móvil.
- Tendrán que perdonarme a mí también – dijo Ignacio – tengo que ir al baño, no recuerdo dónde queda.
- Salga al pasillo y sigua hasta el fondo es la primera puerta después del estudio y antes de la puerta trasera, Marcos si quiere puede esperar con su sobrina en la sala, mientras yo recojo la mesa.
- Si quiere puedo ayudarle a recogerla.
- no, ni más faltaba, usted es invitado de mi marido, no se preocupe que yo me encargo.
Marcos y Alanis se acomodaron en las sillas de la sala como les había sugerido la señora de la casa.
- Creí que era una invitación desinteresada.
- Era de esperar Alanis. Jorge y yo no fuimos tan allegados como pretende hacer creer – cogió una revista que se encontraba en la mesa de centro y la hojeó sin mucho interés – el que se haya acordado de mí sólo responde a la necesidad que tiene de que alguien con un poco de prestigio en las letras lea el borrador de su novela.
- ¿Y vas a leerlo?
- No me queda de otra – contestó Marcos dando vuelta a una hoja de la revista – me ha puesto una trampa trayéndome aquí, tal vez creyendo que mi curiosidad me haría caer, y tenía toda la razón, me muero de ganas por leer ese manuscrito.
- Pareces muy contento tío, pero yo no veo por qué tengas que leer un borrador de una novela cuando no te lo pidieron amablemente, además un escritor como tú no debería estar sirviendo de lector de alguien a quien no ves desde la universidad.
- Lo hago por simple curiosidad profesional, quiero saber que tal escribe.
- Bueno su primera novela es muy buena, imagino que ésta será igual.
- Es cierto, te leíste la novela de Jorge – recordó Marcos mientras acomodaba pulcramente la revista junto a otras que esperaban en un revistero cerca de su silla – ¿de qué trata?

Alanis abrió la boca para contestar, pero en ese instante se escuchó la voz de Marcela llamando a Marcos con un dejo de preocupación.
Alanis se levantó de su silla y siguió a su tío que ya se dirigía hacia el lugar de donde provenía el llamado, caminaron a través de un pasillo espacioso con dos puertas del lado derecho y dos puertas del lado izquierdo separadas por al menos dos metros, y al final una puerta que Marcos dedujo era la que daba a la parte trasera de la casa, en la primera de las puertas de la izquierda estaba Marcela golpeándola con desesperación mientras gritaba el nombre de su marido.
- ¿Qué pasa Marcela?
- Jorge no responde, llevo cinco minutos golpeándole y nada.
La puerta siguiente del lado izquierdo se abrió, por ella salía Ignacio, lo que hizo suponer a Marcos que ese cuarto debería ser el baño.
- ¿Qué pasa? – inquirió Ignacio al ver la escena.
- Jorge no responde y no me abre la puerta – le contestó Marcela con preocupación – tal vez le haya pasado algo, últimamente no andaba bien de salud.
En ese instante llegaba Erika atraída seguramente por el pequeño escándalo que se había armado frente a la puerta del estudio de Jorge.
- ¿Qué está pasando? – pero nadie respondió a la recién llegada.
- Si ha estado mal de salud es mejor que entremos cuanto antes – dijo Marcos mirando seriamente a Marcela - ¿Hay una ventana por dónde se pueda entrar?
- Sí, hay una que da directamente al estudio.
- Pues vamos a abrirla… - apremió Marcos.
- No hay tiempo, denme campo – entonces Ignacio apartó de la puerta al resto de los presentes y le dio una patada tan fuerte a la cerradura que la abrió de par en par, revelándoles lo que ocultaba el estudio.
La habitación era pequeña, con estanterías de libros a lado derecho e izquierdo, además de un pequeño bifé que servía de minibar, en el centro estaba el escritorio y detrás de él un ventanal con las cortinas abiertas que daba al jardín de la casa. Lo peor de la escena se encontraba justo detrás del escritorio, donde se alcanzaba a ver tirado en el piso a Jorge, inerte, como desmayado.
Unos microsegundos después Marcela corría hacía donde yacía su marido y se arrodilló junto a él gritando su nombre con desesperación mientras movía el cuerpo inerte. Los demás imitaron a Marcela y se acercaron al cuerpo, Marcos se agachó para inspeccionarlo.
- No responde, por favor haga algo – pidió Marcela desesperadamente.
Marcos le tomó el pulso y se acercó luego a la boca de Jorge y la inspeccionó con curiosidad, luego se levantó y dirigió la mirada a los presentes, Marcela se incorporó, y adivinando la expresión en la cara de Marcos se echó a llorar.
- No hay nada que podamos hacer – les dijo Marcos - Jorge no tiene signos vitales, al parecer murió envenenado.
Todos ahogaron un grito y sus miradas se ensombrecieron.
- ¿Cómo sabes que fue envenenado? – preguntó Alanis con curiosidad y con cara de espanto.

- Su boca huele a almendras – explicó el escritor – un olor característico del cianuro.
Hizo una pausa para sopesar las circunstancias y echó una mirada en derredor y luego prosiguió. – Además presenta cianosis, es muy probable que su muerte fuera por la asfixia producida por el veneno.
- No entiendo, que es eso de cianosis, de qué habla señor Blanco ¡por Dios! – le espetó Marcela con lágrimas en los ojos.
- Esto puede ser duro Marcela, pero su marido murió asfixiado por el cianuro y sus labios azulados evidencian la cianosis.
Nadie dijo nada por unos segundos, los que aprovechó Ignacio para acercarse a Marcela y abrazarla como un gesto de consolación. Nadie sabía que hacer y el llanto de la viuda comenzaba hacer el ambiente inquietante.
- Entonces ¿se suicidó? – preguntó Erika atreviéndose a hablar.
Marcos que ya revisaba el escritorio con su mirada, procurando no tocar nada se dirigió de nuevo a los demás. – Hay una nota aquí en el escritorio, puede ser el mensaje de suicidio.
Todos dirigieron sus miradas hacia el escritor con expresiones interrogantes, y un instante después se fijaron en la hoja de papel impresa desde un computador, que se encontraba en el escritorio. Marcela se apresuró a tomarla pero Marcos la previno de inmediato.
- Es mejor que no la toque hasta que se sepa muy bien que ocurrió aquí – pero la desconsolada viuda no le hizo caso y la tomó. La leyó de inmediato mentalmente creando un suspenso interminable para los demás.
- ¿Qué dice la nota? – le preguntó Erika al ver que Marcela terminaba de leer y se echaba nuevamente a llorar, no le contestó, pero le entregó la hoja.
Erika la leyó en voz alta para que la escucharan.
Hoy los he invitado a mi hogar para revelarles el secreto que me ha atormentado durante un buen tiempo, pero que ya no puedo callar. La culpa me corroe cada día que pasa y no puedo soportar vivir con la idea de haber asesinado a una persona que no se lo merecía. Sí, yo fui quien asesinó a Sofía, por la envidia y por la ambición que me cegó, esa idea no me deja vivir así que tomé esta trágica decisión de morir como ella murió. La maté porque ella era mi escritora fantasma, ella fue quien escribió "Letras de sangre" y no yo. Pero ella quería el reconocimiento, así que quise callarla para siempre, me convertí en un asesino, un criminal, y por eso decidí morir.
Cuando Erika terminó la lectura quedó muda, al parecer no podía creer lo que decía la carta, al igual que Ignacio y Marcela.
- ¡Jorge no era un asesino! no puede ser, eso es imposible.
- Eso creía yo también Marcela, pero la nota es real, qué otra cosa lo llevaría a suicidarse - dijo Ignacio.
- Esto no fue un suicidio, es un asesinato. – Las caras de los presentes se dirigieron hacia donde se encontraba Marcos – Lo que ocurrió aquí fue un crimen que quieren hacer pasar por suicidio.
Todos quedaron consternados ante tal aseveración, como si no lo pudieran creer, ya todo había quedado claro, un hombre muerto y una nota de

suicidio, no había nada más de que hablar. Pero la cara de Marcos mostraba un aspecto serio y concentrado.
- Pero cómo es eso posible si todos sabemos que la habitación estaba cerrada desde dentro al igual que la ventana.- Dijo Ignacio con un gesto de incredulidad.
- Es mejor que llamen a la policía ahora mismo. Alanis llama desde tu celular y explícales lo que ha pasado. – Alanis obedeció a su tío e inmediatamente salió del estudio y llamó desde el pasillo.
- Por eso antes me dijo que no tocara la nota.
- Sí, es muy posible que su marido haya sido asesinado y que no fuera un suicidio, y puede que el asesino haya dejado sus huellas.
- Pero cómo sabe eso. – Lo interpeló Marcela – si él estaba solo y además la nota…
- Aquí había otra persona, fíjense en el escritorio y cuéntenme que ven.
- Una laptop, unos papeles, la impresora, una botella de Whiskey y un vaso para servirlo. A qué quiere llegar con esto señor Blanco.
- Erika, ha descrito usted bien lo que se ve a simple vista, pero fíjense que el vaso está cerca de la silla donde debió estar sentado Jorge, fue de ese vaso del que bebió el veneno.
- Así es, pero eso ya lo sabemos, además no explica que hubiera otra persona.
- Si se fija mejor Ignacio, puede ver que hay una marca de un vaso en el otro extremo del escritorio, muy alejado del lugar que ocupaba Jorge, más bien del lado que ocuparía un visitante al que estuviera atendiendo. La marca que ha dejado el vaso aún no se seca del todo, lo que nos dice que es fresca.
- No quiero verme involucrada en esto, me voy, es terrible pero no pienso esperar hasta que llegue la policía, me interroguen y me hagan perder tiempo, para que después descubran que es un simple suicidio. – Diciendo esto, Erika se dirigió hacia la puerta.
- Es mejor que se quede – Le dijo Marcos - Es muy probable que el asesino sea uno de nosotros, y quien deje la casa será el sospechoso número uno, por no decir que el culpable.
Erika se quedó petrificada ante tal comentario, pero no fue la única, Marcela ahogó un grito y se tapó la boca mientras Ignacio parecía ofendido.
- Está lanzando acusaciones muy graves.
- Puede irse cuando quiera Ignacio, pero creo por las reacciones de todos aquí, que quien salga de la casa estará afirmando su culpabilidad, así que si no es culpable no tendría por qué temer quedarse. – Instantáneamente Ignacio corrió hacía Erika y le arrebató la carta y señalándola dijo a todos que era evidente que lo que sucedió fue un suicidio y que la nota lo demostraba.
- Esa nota no demuestra nada. – Dijo Marcos con tranquilidad mientras Alanis regresaba a la habitación.
- Ya los llamé tío, tuve que darles indicaciones porque no me sé la dirección exacta.
- Gracias Alanis. Como les decía esa nota no demuestra nada, es una

impresión y no está escrita a puño y letra de la víctima, así que pudo hacerla cualquiera y luego plantarla en la escena del crimen. Además es demasiado sospechoso que sólo se refiera al supuesto asesinato de Sofía y en ningún momento se haya despedido de su esposa, la única persona a quien tal vez le importara en realidad su muerte. – Marcos terminó de hablar calmadamente y los observó a todos, estaban estupefactos, Marcela lloraba de nuevo y tanto Erika como Ignacio no daban crédito a lo que escuchaban.
- Lo que dice tampoco prueba nada, tal vez Jorge tenía tal arrepentimiento por la muerte de Sofía que no reparó en despedirse, y además le pareció más propio escribir la nota en computador. – Opinó Erika fulminando a Marcos con la mirada.
- No lo creo así, nadie que decida suicidarse y deje una nota olvida despedirse de sus seres queridos y menos recurre a algo tan impersonal como un computador para escribir la nota suicida. Sin embargo queda la duda de que tal vez si haya sucedido como usted lo propone Erika, ya veremos que dice la justicia cuando investiguen la impresora y la laptop, así corroboraran si la nota fue el último archivo en imprimirse o si por el contrario nunca llegó a escribirse aquí.
- ¿Quiere decir que la nota fue traída de antemano y puesta en el escritorio de mi esposo?
- Exactamente eso quiero decir, uno de nosotros la trajo y la plantó luego de que nos retiráramos del comedor.
- Tal vez fue alguien distinto a nosotros quien entró al estudio y lo envenenó, o lo esperaba escondido aquí.
- Eso no pudo ocurrir Erika. – Dijo Marcos con su tono de voz calmo que había mantenido – el asesino no era un desconocido, o Jorge nos hubiera puesto alerta gritando, o luchando contra él.
- Tal vez el whiskey ya había sido envenenado de antemano.
- Si, pudo ser, pero les recuerdo que hay una marca sospechosa de un vaso que no aparece en el escritorio, lo que me hace suponer que el asesino bebió junto con la víctima y aprovechó un descuido para diluir el cianuro en el whiskey del vaso del que bebía Jorge.
- Todo lo que dice podría ser cierto señor Blanco, pero el estudio estuvo cerrado todo el tiempo y mi marido era el único que tenía la llave.
- Sí, es verdad, aún queda descifrar cuál fue el truco que utilizó el asesino. – Diciendo esto Marcos les dio la espalda a los demás y comenzó a inspeccionar el estudio, mientras Erika, Ignacio y Marcela se quedaron ensimismados, tal vez pensando en lo que les dijo el escritor; y en un rincón de la habitación había ido a parar Alanis, expectante mientras observa la horrible escena.
Marcos se acercó al ventanal detrás del escritorio y lo examinó, era de más o menos un metro y medio de alto y dos de ancho, podía abrirse de par en par por el medio, así que una persona cabría perfectamente por él, pero estaba cerrado por dentro por un pestillo de manija, se fijó en él y pudo ver una cuerdita azulada y muy delgada anudada en la manija, y después del nudo el hilo continuaba por lo menos un centímetro, lo olió y sonrió, acto seguido abrió la ventana y se asomó fuera, miró el piso del

jardín pudiendo observar una zona sin vegetación que se había convertido en un pequeño barrizal con la lluvia que se precipitó cuando salía de su casa, además pudo ver algo más interesante, y también sonrió. Cerró el ventanal y se dirigió hacía el bifé bar donde estaban los vasos y las bebidas alcohólicas de Jorge, abrió las puertas de cristal y revisó con la vista los vasos de whiskey, uno de ellos misteriosamente aún llevaba en el asiento unas gotitas de un líquido ámbar, pero a contra luz pudo observar una huella de dedo, demasiado clara, Marcos no podía creer la estupidez del asesino.
En el estudio los presentes ahora hablaban entre ellos menos Alanis, que seguía relegada en un rincón de la habitación, entonces el escritor interrumpió carraspeando la garganta para que le prestaran atención.
- Ya sé quién es el asesino de Jorge, como dije es uno de los presentes. – Todos enmudecieron y dirigieron sus miradas al hablante.
- ¿Cómo puede ser eso posible? – preguntó Erika más para sí misma que para los demás. – Entonces es cierto.
- ¿Qué es lo cierto? – Habló Ignacio con algo de sorna.
- Pues que si el asesino está aquí ahora, no puede ser más que Marcela. – La aludida se llevó una mano a la boca y su rostro se puso una máscara a de indignación. – Sí, ha sido usted Marcela, que no pudo soportar que Jorge y yo tuviéramos una relación y que su matrimonio ya no funcionara, además él quería divorciarse para empezar de nuevo conmigo.
- Escúcheme muy bien zorra trepadora. – La increpó Marcela con un ademán desafiante mientras por su rostro aún rodaban gotas de lágrimas. – Es cierto que nuestro matrimonio no funcionaba y que yo sabía de las aventuras que tenía con usted, pero jamás asesinaría a Jorge porque yo si lo amaba, no como usted que no era más que un juego de momento. Así que no se crea que íbamos a divorciarnos por una perra solapada como usted.
- Yo creo que estaba celosa y no pudo soportar que una mujer más joven le estuviera quitando su marido.
- Es más probable que usted quisiera matarlo por celos, porque Jorge ya no quería divorciarse de mí. – Erika se sorprendió fugazmente por las palabras de Marcela. – Sí, Jorge y yo ya habíamos hablado y él decidió terminar con esa relación, pude convencerlo de que lo amaba y que lo suyo con una perra joven podría no ser más que un capricho y que era probable que usted mantuviera la relación por el dinero, como todas las de su calaña.
- Creo que Marcela tiene razón. – Opinó Ignacio mientras abrazaba a la viuda. – Usted Erika, es la única con un motivo para asesinarlo, yo fui testigo de las insinuaciones que se hacían en clase, no soy estúpido y pude darme cuenta, además dónde estuvo cuando salió del comedor a contestar esa llamada misteriosa.
- Ignacio, el buen alumno, el estudiante estrella de Jorge. No me venga con esas que yo sé muy bien lo que lo odiaba, siempre hablando mal de él, diciendo a quien quisiera oír que no era más que un mal escritor venido a más gracias a que Sofía le ayudó con el manuscrito, que “Letras de sangre” no era más que una novela robada. O se olvida que a mí misma

me lo dijo.
- Por favor compórtense, que van a terminar creando una pelea innecesaria. – Les dijo Marcos y con ello obtuvo nuevamente su atención.
– Yo mismo les diré quién es el asesino sin lugar a dudas, Alanis ven. – Cuando su sobrina se le acercó, Marcos le dijo algo al oído e imperceptible para los demás, luego ella se retiró con premura de la habitación.
– Por favor esperemos un poco mientras vuelve Alanis.
La chica regresó luego de unos pocos segundos, se acercó nuevamente a su tío y le entregó algo que rápidamente el escritor metió en su bolsillo.
- Cuando estuve revisando la habitación pude darme cuenta de varias anomalías que evidencian la presencia de otra persona aparte de Jorge, es obvio para mí que fue quien lo asesinó. – El escritor miró en derredor para ver las caras de su público – Quien le quitó la vida a Jorge no pudo ser nadie más que Ignacio.
Las caras de los presentes se llenaron de sombro y Marcela se separó unos centímetros de Ignacio, quien no podía creer lo que Marcos acababa de decir.
- Cómo se atreve a decir eso, usted no tiene pruebas señor Blanco – El rostro era un rictus de rabia y lividez. – No juegue a los detectives cuando no tiene más que falsas acusaciones.
- No son falsas, usted fue el único que se dirigió hacía este lado de la casa fingiendo que se dirigía al baño.
- Marcela puede decirlo, yo salí del baño cuando oí sus gritos.
- Eso es verdad, yo lo vi salir del baño.
- Fue sólo un truco, permítame que le cuente como fueron los hechos. – Marcos se pasó una mano por la barbilla y continuó – En primer lugar al ver que Jorge se dirigía a su estudio pidió prestado el baño para poder seguirlo, lo alcanzó y entró junto con él al estudio con algún pretexto. Jorge le ofreció una copa de whisky y se sirvió una para sí mismo y en un descuido usted vertió el cianuro en la copa, esperó a que hiciera efecto y plantó la carta que de antemano había preparado.
- No se hunda más señor Blanco, que cuando esto pase lo acusaré de calumnia. Además cómo explica que el estudio estuviera cerrado por dentro y la única llave la tuviera el profesor.
- Eso es fácil de explicar, en primer lugar usted mismo pudo cerrar la puerta quitándole las llaves a Jorge y cerrarla, o pudo suceder que cuando entraron los dos Jorge cerró la puerta.
- Es usted imbécil. – Le espetó Ignacio al escritor – Y cómo se supone que iba yo salir después.
- El único imbécil aquí es usted, es obvio que salió por la ventana. – Ignacio iba a protestar pero Marcos se adelantó. – Y no me diga que la ventana también estaba cerrada, porque como lo pudimos notar todos eso fue evidente, lo que no lo fue es el truco que utilizó.
- Ah sí, por qué no nos ilustra de qué forma mágica salí de la habitación.
- ¿Reconoce esto? – Le preguntó Marcos mostrándole el objeto que antes le hubiera traído Alanis y que había guardado en su bolsillo. Ignacio quedó pasmado, enmudecido y un segundo después se recompuso, pero para todos fue obvia su actitud.

- Es hilo dental, qué con eso.
- Exacto, es una cajita de hilo dental, lo que usó para completar el truco de la habitación cerrada. Luego de plantar la carta y dejar morir a Jorge se apresuró a vaciar su vaso de whiskey, probablemente bebiéndolo, apresurándose a colocarlo en el minibar para no levantar sospecha. Abrió la ventana y salió, anudó un pedazo de hilo dental al pestillo, aprovechando que es en forma de manija, cerró con cuidado la ventana sacando el hilo dental por en medio y luego lo jaló para trancarla, por último con un tirón arrancó el hilo dejando sólo el nudo en el pestillo, donde aún está.
Tanto Erika como Marcela se acercaron a la ventana un poco incrédulas, seguidas por Alanís. Efectivamente pudieron ver el hilo anudado al pestillo de manija de la ventana, sus miradas acusantes no se hicieron esperar.
- Eso no prueba nada, usted mismo dijo que yo entré con Jorge al estudio luego de así que no habría tenido tiempo de ingresar al baño para tomar el hilo dental.
- Sabrá perdonar mi error Ignacio – Dijo Marcos con sorna – pero entonces esto prueba que usted ingresó al baño primero, tomó el hilo y luego entró al estudio para hablar con Jorge, tal vez la puerta estaba abierta y usted ingresó fácilmente o tuvo que golpear para que le abriera, y como ya dije, después del asesinato tomó las llaves y cerró, o el mismo Jorge lo hizo cuando le permitió entrar. Es fácil imaginarse esa situación.
- Usted señor Blanco no ha hecho sino imaginarse cosas, nada de lo que dice es verdad. Yo no puse ese hilo dental en la ventana ¡eso es absurdo!
Las mujeres presentes no sabían cómo tomar lo que allí ocurría, era obvio que existía un hilo dental en la ventana, pero todo sonaba extraño, muy truculento para poderlo digerir.
- Además – prosiguió Ignacio – ¿Cómo pude entrar de nuevo al baño, y luego salir en presencia de Marcela? Lo que usted propone, si ocurrió debió haberlo hecho alguien más y no yo.
- Ignacio, es usted un hombre muy descuidado. Es fácil rodear la casa por el jardín y entrar por la puerta trasera para luego volver al baño de donde salió como si nada hubiera ocurrido, hay huellas en el lodo que demuestran un rodeo y no un alejamiento de la ventana hacía la calle. Además apostaría a que botó el resto del hilo dental en el jardín. Para la justicia sería fácil comprobar que ese hilo fue arrancado de esta caja.
Ignacio río como un loco mientras señalaba sus zapatos.
- No sé si exista tal hilo dental, pero sus deducciones infantiles no pueden decir por qué mis zapatos están limpios sin nada de lodo. ¿Acaso no dice que hay huellas? Me parece que su teatro detectivesco no funcionó.
- Será su teatro el que caiga Ignacio. Es correcto, hay huellas en el lodo, son de pisadas pero no se puede dilucidar muy bien si son de zapatos, lo que me lleva a pensar que usted antes de salir se quitó el calzado al ver el lodo, cerró la ventana como ya expliqué, rodeó la casa y antes de entrar por la puerta trasera volvió a ponerse los zapatos y así no dejar una sola huella en el piso, estoy completamente seguro que si se quita los zapatos podremos ver el lodo en sus medias.
- Es usted ridículo señor Blanco, sus novelas han hecho que viva en la

fantasía.
- Quítese los zapatos Ignacio y demuestre que no es verdad lo que dice el señor Blanco. – Le demandó Marcela con ferocidad.
Ignacio palideció, trataba de sostener las miradas acuciantes de los presentes, no sabía qué hacer.
- No voy a ceder a sus estupideces detectivescas, está usted completamente loco.
Marcela no soportó más y se lanzó contra Ignacio, lo golpeaba fuertemente mientras gritaba pidiéndole que se quitara los zapatos, el aludido no cedía y se defendía de los golpes de la mujer. En un momento Marcela lo empujó con toda su fuerza y el hombre cayó sentado en el piso, asombrado e indignado, lo que no supo fue que Erika acechante aprovechó el momento para zafarle un zapato.
La habitación enmudeció, Marcela se llevó una mano a la boca para ahogar un grito, para Ignacio había acabado su juego, ahora todo concordaba, sus medias estaban impregnadas de lodo fresco.
- ¿Por qué? – fue lo único que atinó a preguntar Marcela.
- No sé el móvil, pero puedo aventurar a decir que tiene que ver con la muerte de Sofía. – Contestó Marcos, aunque la pregunta no era para él.
- Esto no prueba nada, sólo es evidencia circunstancial tengo una explicación racional para esto – dijo Ignacio, pero con poca convicción.
- Es mejor que confiese Ignacio, ya le dije que es usted muy descuidado, pude ver en el vaso de whisky que está en el minibar una huella, su huella, eso no es circunstancial, eso lo pone dentro de la escena del crimen.
- Está bien señor Blanco, todo lo que dijo es verdad – Ignacio se había quebrado y unas lágrimas aparecieron en sus ojos – yo lo maté, ese viejo desgraciado asesinó a Sofía y lo hizo pasar por un suicidio, eso mismo quise hacer yo. Ella era mi novia, me contó que había escrito un libro que quería publicar y que su profesor le iba a ayudar, pero Jorge terminó publicándolo bajo su nombre, Sofía era ingenua y nunca registró sus derechos de autor y cuando quiso reclamarle, el maldito la amenazó, ella iba a denunciarlo. Unos días después me dijo que iba a conciliar con Jorge, que al parecer había entrado en razón y le devolvería los derechos del libro, pero ese mismo día apareció muerta en la cafetería de la universidad, para mí no fue un suicidio; ella estaba feliz por su libro, y luego supe que Jorge era el profesor quien le robó la novela, me di cuenta de inmediato que él la había asesinado dándole de alguna forma el cianuro. Entré a sus clases de escritura para vengarme.
Marcela lloraba inconsolable, los demás miraban a Ignacio tumbado en el piso con su mirada perdida, y fue entonces cuando la puerta sonó.
- Es la policía, nos llamaron por una emergencia.
- Ve a abrirles Alanis, Ignacio tiene mucho que explicar hoy.